

V

Pasados algunos meses, la suerte de Teresa había cambiado algún tanto.

Trabajaba la jorobadita casi lo mismo que antes; pero estaba mejor vestida, se sentaba á comer en la mesa al lado de su padre, y se veía calzada y peinada con un aseo que se acercaba al primor.

Y, sin embargo, había tenido el dolor de ver á Braulia, la tabernera, ir á gobernar la casa de su madre y á ocupar su sitio.

Las predicciones de Antonio habían salido ciertas.

Juan Pedro se hallaba envejecido, encorvado, abrumado por un inmenso dolor.

La huída de sus dos hijos mayores había sido para él un golpe terrible.

A pesar de su pereza para el trabajo, de su codicia, de su afición á la embriaguez, los amaba apasionadamente, como lo probaba la debilidad con que en todo y por todo los dejaba hacer su gusto.

Todas las malas pasiones habían nacido de su amor á Braulia, que era una mujer de un cora-

zón malo y de absoluta carencia de ideas religiosas.

El hombre es casi siempre lo que la mujer quiere que sea.

Poned á su lado una mujer impúdica y descreída, y el hombre perderá toda la idea moral y cristiana.

Acercadle una mujer buena, sensible, religiosa, que ame el trabajo, el orden y la economía, é insensiblemente se irá acostumbrando al bien, á la equidad, á la piedad y á la justicia. Braulia había sido el ángel malo de Juan Pedro: de ella provenía toda la ruína de la casa de éste.

Sin embargo, tal era el abandono á que esta casa había llegado, que la presencia en ella de la causante del mal produjo una apariencia de bienestar.

La tabernera cerró la taberna, sobre la que ya debía mucho dinero; pagó con el caudal de Juan Pedro, y se propuso descansar gobernando la casa del labrador.

Pero la vista de la pobre Teresa le causó una profunda pena, y más humana que los propios hermanos de ésta, la vistió, le compró calzado y tomó para sí el desempeño de las labores más pesadas.

La instalación de la tabernera en casa de Juan Pedro produjo en el pueblo un gran escándalo.

El vicario amonestó por separado á Juan Pedro y á Braulia, instándoles á que pusiesen fin

á su culpable trato; pero Juan Pedro era demasiado débil para romper semejante lazo, y Braulia demasiado cínica é interesada para renunciar á sus ventajas.

Sin embargo, Dios había señalado, en su justicia, la hora del castigo y de la expiación.

La pobre loca, á pesar de los cuidados y de la compañía de Teresa, cayó en una extrema prostración de fuerzas; consumíase cada vez más: hubiera podido decirse que los destellos de razón que brillaron el día de la huída de sus hijos habían sido los últimos.

Aquellas horas de lucidez habían avivado todos los dolores de su alma, y al contacto de los recuerdos, sus heridas se habían enconado más y más que antes.

Una terrible languidez la devoraba, y su locura se había hecho tan apacible é inofensiva, que Teresa había alcanzado de Braulia el permiso de que su madre bajase de su camaranchón y la llevase por todas las demás habitaciones.

Lorenza iba, pues, andando por aquella misma casa en que había sido señora, como una sombra triste y fugitiva. A quien nunca veía era á su marido. Este huía de su presencia como un culpable huye de su juez; una sola vez que le vió la loca se echó sobre él dando alaridos y pidiéndole con terribles gritos que devolviese la vida á su madre.

Tal era el estado de la casa algunos meses

después de la salida de ella de los hijos mayores de Juan Pedro.

Los intereses iban menguando entre las manos de Braulia.

De las fincas compradas con el caudal heredado de la madre de Lorenza, se habían vendido ya tres, y quedaba solamente una que también se iba á vender.

Juan Pedro, para olvidar la huída de sus hijos, bebía cada día más, y apenas salía de su estado de completa embriaguez.

Una mañana muy temprano, Teresa entró en su cuarto: hallábase despierto, porque el sueño rara vez visitaba sus ojos.

—¿Qué quieres?—le preguntó con su habitual y helada dureza.

—Padre mío—respondió Teresa,—quiero hablar con usted un rato y pedirle una cosa.

—Habla—dijo Juan Pedro;—pero pronto y sé breve: hoy estoy muy malo de la cabeza.

—No le molestaré á usted mucho, padre—repuso Teresa:—se trata de mi pobre madre.

—¿De tu madre?—repitió el labrador echando sobre su hija una mirada llena de desconfianza.

—Sí, señor... de mi madre: ya ve usted qué mala se va poniendo. Yo le pido á usted, padre mío, el permiso de salvarle la vida y acaso de devolverle la razón.

Juan Pedro se estremeció.

—La señora Andrea—prosiguió Teresa,—tie-

ne un cuartito desocupado que da al huerto del señor cura: es alegre, soleado en invierno, y en el verano sube hasta la ventana el buen olor de las flores. Al ver á mi madre tan mala, le ha ocurrido la idea de que quizá mejorará variando de plan de vida y de habitación; no le costará á usted nada el médico, y allí estará bien cuidada.

—¿Es decir, que quieres irte á vivir con tu madre á casa del señor cura?

—Solamente por el deseo de que se mejore. Nada cuesta probar, querido padre.

—¿Con que por el deseo de que tu madre se mejore, eh? ¿Por qué no eres más franca y dices que por el de estar cerca de Tiburcio?—repuso Juan Pedro con sardónica dureza.

—¡Cerca de Tiburcio!—repitió Teresa.

—¿Acaso no saben todos en el pueblo que anda detrás de tí? Tienes ya quince años y deseas casarte, para abandonarme como tus hermanos.

La joven estuvo algunos instantes sin responder.

Era cierto que el sacristán se le aparecía alguna vez en el camino cuando iba á buscar agua á la fuente; pero siempre lo había creído efecto de la casualidad y no de intención premeditada.

En cuanto á que ella pudiese inspirar un afecto vivo y verdadero, lo había creído siempre imposible, y cada día se convencía más de ello al mirarse en el pedazo de espejo que tenía en su cuarto.

Sin embargo, el sacristán había reparado bien

en sus hermosos y expresivos ojos oscuros, en las espesas trenzas de cabellos que caían á lo largo de su espalda, en su preciosa boca guarnecida de dientes como perlas; y siendo él sencillo, tímido y por demás rudo, se había dicho que, á no ser Teresa, nadie podía hacerle caso.

En el alma de los dos adolescentes se había ya despertado esa vaga necesidad de afecciones que señala al corazón la transición de la infancia á la juventud.

Tiburcio era el muchacho simple, cándido, desconfiado de sí mismo, que sentía simpatías por el sér más humilde, más desvalido, más desgraciado que veía en torno suyo.

Este sér era Teresa.

Todas las demás muchachas del pueblo eran coquetas, porque eran felices, y reían ruidosamente: sólo la pobre Teresa no reía nunca; sólo ella no tenía novio, ni amigas, ni aun familia que la la amase.

Toda la ternura que guardaba en su alma la desgraciada niña, se había fijado en su madre y en su viejo perro León, que vivía siempre al lado de la loca, sin que bajase nunca al piso bajo, porque Teresa temblaba de que le diesen la muerte.

Teresa, pálida, solitaria, consumida de tristeza desde que había tenido noticia del crimen de su padre, era para el buen Tiburcio más simpática que todas las felices muchachas del pueblo.

—No nos iremos si usted no quiere, padre,—dijo la joven con su sumisión habitual.

—Al contrario: puedes irte con tu madre hoy mismo—repuso Juan Pedro.—Cuanto más solo esté, mejor.

Dichas estas palabras, salió bruscamente de la habitación.

Teresa subió al camaranchón de su madre y empezó á recoger sus escasos efectos, llevándolos ella misma á casa del señor cura, que desde su balcón, entoldado de flores, la vió llegar con júbilo.

—¿Vienes aquí por fin?—le preguntó;—¿traerás á tu madre?

—Sí, señor: hoy mismo dormiremos aquí madre, yo y León.

—¿Y tu padre qué ha dicho?

—No le ha sabido muy bien; pero, al fin, no me ha prohibido que venga.

—¿Pues acaso hay alguna cosa en el mundo que le sepa bien á tu padre?—preguntó riéndose el sacristán, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—No hables mal de mi padre, te lo suplico, Tiburcio—dijo Teresa:—tiene su genio; pero yo debo respetarle.

—Dios te dará larga vida sobre la tierra, porque respetas y honras á los que te dieron el sér, hija mía—observó don Benigno apoyando su mano en la cabeza de la joven,—y Dios te dará, al fin, la felicidad, porque comprendes la misión de la mujer, que es la de perdonar y amar.